



INSTITUTO DE LA CULTURA TRADICIONAL SEGOVIANA MANUEL GONZÁLEZ HERRERO

TRIBUNA | ARANTZA RODRIGO MARTÍN (*)

Breves pinceladas de un paisaje sonoro

ANTROPÓLOGOS, MUSICÓLOGOS Y TAMBIÉN la más reciente etnomusicología destacan la importancia del papel de la música en los grupos humanos. Definiendo al hombre como ser musical, actor en la creación, experiencia y conservación de la música.

El trabajo que vengo desarrollando en el 'Centro de Interpretación del Folklore y la Cultura Popular' desde el año 2003 (proyecto promovido por el Ayuntamiento de San Pedro de Gaillos), me ha constatado la importancia de la música como expresión de emociones, ideas y creencias, siendo un medio fundamental en el desarrollo de los pueblos y de su cultura. Lo vivido y atesorado desde este puesto de observación privilegiado me permite recrear en el mundo de lo imaginario, algunos sonidos que van componiendo con algo de la nostalgia transmitida por los informantes, imágenes sonoras evocadoras de aquel pasado y que forman parte del patrimonio intangible de nuestros pueblos. Pero también con los ojos bien abiertos observo el paisaje actual, donde conviven sonidos viejos y nuevos, haciéndonos comprender que la música siempre encuentra caminos y formas para manifestarse.

Este texto quiere ser un breve recorrido por el paisaje sonoro un pueblo segoviano, desde un pasado no muy lejano hasta nuestros días. Donde personas, con más de sesenta años añoran y conservan en su memoria sonidos, músicas y canciones, sin las cuales no tendrían sentido las tradiciones que han formado parte de su vida. Personas que vieron como la mecanización del trabajo en el campo, el abandono de los pueblos por los jóvenes y la influencia de las modas que cada vez llegaban más rápidamente, desplazaron costumbres que marcaron hasta entonces su ciclo vital.

La música ha estado ligada siempre a la religiosidad, a un calendario litúrgico y festivo que marcaba la vida en los pueblos castellanos. Era costumbre cada domingo de Cuaresma, después de misa, que las niñas entre 12 y 16 años recorrieran las calles pidiendo limosna de casa en casa "para el monumento del Santísimo", cantando canciones referidas al Evangelio y que contaban con dos elementos básicos: el profano y el religioso. Encontramos canciones donde se adapta lo divino un tema profano como en *La Baraja* o *El Arado*.

Resonaban también el día de Nochebuena, niños y niñas recorriendo calles de casa en casa con un cinturón de cencerros atado a la cintura cantando aginaldos.



Castañuela tallada a mano, cedida por Consuelo de Francisco al Museo del Paloteo; debajo, flauta de cardadera. / E.A.

La música ha sido compañera inseparable en juegos de infancia, la tradición oral está repleta de letrillas que han ayudado al aprendizaje, al desarrollo de la memoria y el lenguaje oral de los niños con trabalenguas, canciones, cuentos... "Tiro riro riro, las cabras en los trigos/el pastor en la picota chingando de la bota/vino Juan Redondo con un palo al hombro..."

La construcción de instrumentos musicales o sonoros era en sí mismo un juego utilizando aquellos elementos que tenían a su alcance. Con un botón y un trozo de lana se hacía un *zumbador*, de los tallos de las cardaderas saldrían más de una flauta o pito.

LA MUJER COMO TRANSMISORA DEL PASADO

Es innegable el papel que la mujer ha tenido como transmisora de la tradición. Con seguridad muchas guardan todavía, como un tesoro, en un viejo cuaderno

"El contexto en el que aquellas costumbres tenían sentido ha cambiado y como consecuencia asistimos a la transformación de nuestro paisaje sonoro"

aquellas canciones que aprendieron siendo niñas o mozas. Y entre ellas estará 'El Honor', un canto de bodas que asociado a una puesta en escena cargada de simbolismos, cantaban después del convite de boda, sólo participaban en este ritual las mozas "si no tenía dieciséis años no podía ir al honor".

Después de la cuaresma comenzaban las fiestas y con ellas las enramadas y las rondas de mozos. Las mozas de entonces seguramente escucharon cantar frente a su ventana a los mozos en la víspera de la fiesta, El reloj que empezaba "Las horas del reloj son/empezando por la una/entre todas las mujeres/ te quiero más que a ninguna...", un canto de ronda que se puede encontrar en

otras zonas adaptado a un contexto religioso.

Pero donde la música ejercía su papel socializador era en los bailes, favoreciendo el encuentro y el inicio de nuevos noviazgos. El baile en la fiesta o en el salón los domingos, era donde mozos y mozas establecían sus primeras relaciones bailando al son de la dulzaina y el tamboril o, años más tarde, de las canciones de moda que sonaban en tocados.

También en las bodas se sucedían al son de dulzaina y redoblante bailes rituales como *Las galas*, *El baile del duro* o *La taza*, que dejaron de hacerse cuando las bodas comenzaron a celebrarse en los salones de bodas.

Pero si algo ha sobrevivido en algunos pueblos gracias a la labor de asociaciones y grupos de danzas, son las *danzas rituales*, en su mayor parte danzas procesionales, legado transmitido de generación en generación que en muchos casos fuera del contexto en el que se desarrollaban se han

convertido en un precioso espectáculo con el que actualmente se complementa los programas de fiestas, festivales y semanas culturales.

Para completar este cuadro no puede faltar la figura del músico tradicional que ejercía un papel fundamental como garante de la tradición, era un elemento principal en la fiesta, tanto para el baile como en la procesión. Los gaiteros o dulzaineros de antes habían aprendido de viejos dulzaineros, muchas veces autodidactas que serían a su vez maestros de otros, y siempre perfectos conocedores del repertorio tradicional.

Pero el contexto en el que aquellas costumbres tenían sentido ha cambiado y como consecuencia asistimos a la transformación de nuestro paisaje sonoro. Después de un periodo de despoblamiento y abandono de los pueblos castellanos, a finales la década de los 70 del siglo XX, se produce un periodo de revitalización del folklore, hasta entonces labor minoritaria desempeñada por folkloristas. Un movimiento generalizado sensible a la pérdida de las tradiciones y a la urgencia de proteger el patrimonio cultural con el que comenzaban a identificarse, iniciándose la recuperación de determinadas tradiciones de la mano de aquellos que aún podían transmitirlo. Surgen entonces asociaciones, grupos de danzas y grupos folk.

Aquellas músicas, sus letras y sus danzas asociadas se recuperan y se recrean, se convierten en espectáculos o piezas de museo que nos permite conocer lo que fuimos y entender lo que somos. Reconociéndose al tiempo como valiosa herramienta en la nueva realidad sociocultural de nuestros pueblos. Las danzas y sus músicas han encontrado nuevos escenarios y contextos: Festivales, Aulas de Música, Ciclos Musicales, etc.

Tradiciones a punto de desaparecer se ha adaptado a los nuevos tiempos formando parte del nuevo paisaje sonoro de nuestros pueblos donde, por el momento, conviven con el repique de las campanas, el son de la dulzaina, el tamboril y el santo en procesión.

(*) Arantza Rodrigo Martín es Directora del Centro de Interpretación del Folklore y la Cultura Popular.



Diputación de Segovia